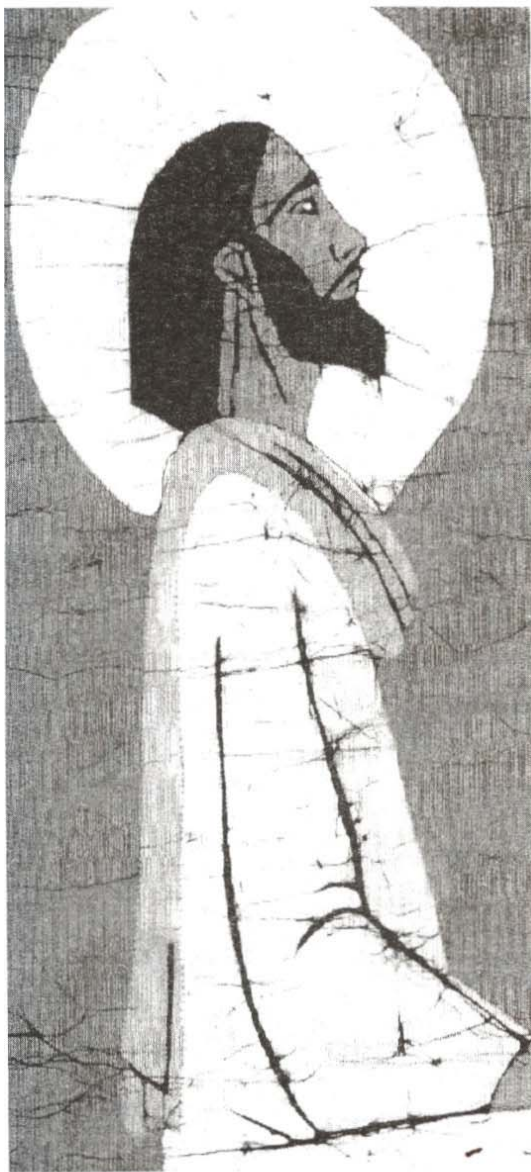


# LA PERSONA HUMANA COMO MANIFESTACION DEL DIOS VIVO



Los últimos días de diciembre, con la entrañable celebración del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y los primeros días de enero, ungidos por el ciclo litúrgico de la Epifanía, nos enfrentan una vez más con la realidad central de la fe cristiana: la manifestación del único Dios vivo y verdadero en la persona de Jesús de Nazareth, el hijo de Dios hecho hombre virginalmente en el seno de María, Dios como el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de naturaleza sin confusión de personas; el hijo aparente del artesano San José, artesano como él; el mismo que pasó la mayor parte de su existencia terrenal muy discretamente, en una aldea de uno de los rincones menospreciados del Imperio Romano y que durante aproximadamente tres años hizo una vida más pública, siempre en aquella zona del mundo, hablando acerca de Dios y de las personas humanas, de nuestra existencia y del designio o proyecto de Dios con relación a la persona; predicando con su propia manera de ser y de actuar, en coherencia absoluta con las palabras pronunciadas que no eran otra cosa que la explicitación de su modo de ser y de existir; el mismo que, abandonado por casi todos, murió en la cruz por nosotros y por la salvación de nuestra existencia («propter nos homines et propter nostram salutem», es la fórmula latina clásica incluida en nuestra profesión de fe) y llevó al cenit la manifestación en la aurora en que sus discípulos, iluminados por la fe, descubrieron que había resucitado verdaderamente, que vivía (vuelvo a nuestros socorridos latines: «surrexit Dominus vere, sicut dixit»).

Antes de retirarse del mundo sensible de sus discípulos, les encomienda la tarea de ser sus testigos hasta el final de los tiempos y en el universo mundo, sin exclusiones de ningún tipo; testimonio hecho de vida y de palabra, como había sido el suyo: el ser hombre de bien, actuar lo verdadero, lo bueno y lo bello y acompañar ese modo de ser con la palabra fiel y oportuna. Esa es la razón de ser de la Iglesia como comunidad, como familia, como pueblo de Dios de la Nueva Alianza; esa es la razón de ser de nuestra existencia personal dentro de la Iglesia, miembros de ese Cuerpo Místico del cual Cristo es Cabeza y camina por la historia y la geografía vivificado por el Espíritu Santo, por la vida misma de Dios, abundantemente derramada en ese vaso de arcilla frágil y tosca que es cada uno de nosotros.

Los santos - los canonizados oficialmente por la autoridad eclesiástica y los que hemos conocido en nuestra vida y que, probablemente, nunca veremos hechos imagen en un altar, anónimos hombres y mujeres buenas - nos revelan

que la tarea es posible: que la persona humana puede ser manifestación de Dios, de la bondad de Dios, del Amor con mayúscula, en la medida en que abra su vida a la gracia, al don del Espíritu. Ellos manifiestan a Dios, misterio luminoso e insondable, por transparencia más que por la palabra o por las acciones deslumbrantes. Algunos santos han tenido ciencia y con ella han contribuido a enriquecer nuestro conocimiento del contenido de la fe cristiana; otros han hecho obras descomunales, notorias, y su notoriedad es también una riqueza estimulante en el andar de los cristianos por los vericuetos de la vida; pero la mayoría han sido hombres y mujeres de vida común, sin una formación filosófico-teológica especial y sin que en su existir aparezcan hechos extraordinarios. En uno u otro caso de los someramente presentados, el mismo ser y existir con fidelidad coherente en la medida humana pero con las potencialidades de la gracia, hace de estas personas manifestación de Dios. San Francisco de Asís y Santa Teresa de Lisieux son, ellos mismos, en el meollo de su persona, «lugares teológicos», enriquecedores de nuestro conocimiento del designio de Dios acerca de la persona, y -simultáneamente, como todos los santos - estímulo para no desmayar en el camino zigzagueante que es la existencia de casi todos nosotros.

Ese hombre o mujer que nos revela a Dios por transparencia, al mismo Dios del cual Jesucristo es la Palabra definitiva, no es persona impecable, no es persona hecha de otro material distinto al nuestro - la arcilla frágil y tosca - pero creen en el Amor de verdad, confían en el perdón y en la comprensión divina frente la limitación y la falibilidad humanas; no desesperan de sí mismos, ni de los demás, ni -¡por supuesto!- de las posibilidades inefables de la gracia de Dios, de la acción del Espíritu. Saben que para Dios no hay «casos perdidos», que toda persona humana es rescatable, redimible, salvable; lo saben quizás conceptualmente pero lo saben, sobre todo, existencialmente y encuentran siempre el camino para que esta convicción resulte evidente. Búsqueda consciente unas veces, realidad interior inconsciente otras, pero que da sentido a las relaciones humanas abiertas, a las únicas que pueden asumir la tarea de la manifestación encomendada por el Señor Jesús a sus discípulos de ayer, de hoy y de mañana. Así fue Jesús, así existió Jesús, así se relacionó con las gentes con las que se encontró en Israel: personas buenas como la familia de Betania integrada por Lázaro, Marta y María; personas inquietas espiritualmente, pero un poco cobardonas, como Nicodemo; hombres carcomidos por la envidia, como algunos de sus propios discípulos, aspirantes siempre a primeros puestos en el reino terrenal que nunca llegó y hombres podridos por la avaricia y la mentira y el oportunismo, como Zaqueo; mujeres sensuales y corrompidas, como la samaritana que encontró junto al pozo de Jacob... La lista de las diversas «categorías» podría ser muy extensa; basta leer con atención el Evangelio. Y en todos los casos encontramos no sólo el respeto, sino más que respeto, comprensión y amor; lo encontramos hasta en

los diálogos del proceso farsa que lo llevó a la cruz: con los dirigentes religiosos de Israel, con el pagano escéptico y cruel Poncio Pilatos y con el contradictorio Herodes. Nunca el veneno, la ironía destructora; siempre la puerta abierta a la buena relación, a la verdad de nuestra condición, con los recursos propios de la verdad, que no excluyen la «corrección» y hasta el «regañón» fuerte, pero realizados de manera tal, que el corregido o regañado descubre siempre, también por transparencia, la motivación, que no es otra que, precisamente, el amor y el servicio a la verdad; o, quizás mejor, el servicio a la persona misma para conducirla a la verdad, para ayudarla a reconocer la verdad de su condición. Servicio o ayuda que no dejan de contar con la libertad de la persona: tan libre desde los inicios - nos lo enseña el Génesis - que es capaz de decirle «no» al mismo Dios.

El camino de Jesús y de sus discípulos es un camino de propuestas, de manifestaciones de la riqueza del Amor y la Verdad absolutos, nunca de imposiciones, nunca de menosprecios, intrigas cortesanas o manejos de esa índole que poco tienen que ver con la persona de Jesús, nuestro Evangelio, nuestra Noticia Buena.

Por otra parte, es doctrina tradicional de la Iglesia, muy presente desde tiempo de los Padres (sobre todo de los Alejandrinos), que todo hombre es icono (imagen) del único Dios vivo y verdadero, del único que existe, aunque él no lo conozca, aunque conscientemente se confiese «ateo», «escéptico» o adore a falsos dioses. La ignorancia, el error o el pecado no despojan al hombre de la condición humana; por lo tanto, no lo despojan de su condición de imagen, de «semejanza» de Dios, conózcalo o no la persona en cuestión. Y Dios tiene caminos inefables, irreductibles a categorías racionales, para comunicarse con toda persona humana, con su imagen. Y estos hombres y mujeres, desconocedores racional y conscientemente del Dios único o con imágenes falsas del mismo, pueden revelar también por transparencia la acción del Espíritu de Dios que anima sus gestos de bondad, su compromiso con la verdad, su lucha por la justicia, su comprensión y tolerancia, su amor real que trasciende toda forma de sensiblería manipulable, su rechazo al mal bajo cualquier forma. ¿Quién entre nosotros se negaría a reconocer la bondad de Dios en el ser y el existir del pagano Mahatma Ghandi? ¿No nos ayudó a todos a ser mejores, a incrementar nuestra convicción de luchar por la justicia con las armas efectivas de la paz? En la historia abundan estos casos y los encontramos cotidianamente en nuestro entorno si abrimos bien los ojos y cultivamos la sensibilidad ante lo verdadero, lo bueno y lo bello, sin prejuicios, sin exclusivismos o apriorismos. Con la cabeza y el corazón abiertos al estilo de Jesús, vamos a descubrir la presencia estimulante de Dios y de Su Espíritu de Vida en situaciones sorprendentes, en personas inusitadas. Y con ello ganaremos todos y se incrementará la más genuina solidaridad humana, pues todos seremos capaces de reconocernos humanos. Lo que equivale a decir **hermanos**. Ω

La Habana, 6 de enero de 1996.